

en voz baja al oído de Mimi y le estrechó suavemente la mano.

—¿Oye usted cómo llueve?—dijo el poeta llamando su atención hacia la ruidosa tempestad que acababa de estallar.

La señorita Mimi se dirigió directamente al señor Benoit, que esperaba en un rincón del cuarto.

—Oiga usted,—le dijo la joven señalando á Rodolfo...—El señor es la persona que esperaba esta noche... Queda prohibida la entrada.

—¡Ah!—exclamó el señor Benoit haciendo una mueca.—¡Está bien!

Mientras la señorita Mimi preparaba á toda prisa una cena improvisada, tocaron las doce.

—¡Ah!—dijo para sí Rodolfo,—ya ha terminado el 15 de abril, he doblado por fin el cabo de las Tormentas. Querida Mimi,—prosiguió luego levantando la voz, estrechando entre sus brazos á la hermosa joven y besándola en la nuca,—no le habría sido posible darme con la puerta en las narices. Tiene usted muy desarrollado el órgano de la hospitalidad.



XI

UN CAFÉ DE LA BOHEMIA

Vamos á explicar por qué serie de circunstancias Carlos Barbemucho, literato y filósofo plátonico, llegó á ser miembro de la bohemia á los veinticuatro años de su edad.

En aquel tiempo, Gustavo Colline, el gran filósofo; Marcelo, el gran pintor; Schaunard, el gran músico, y Rodolfo, el gran poeta, según se llamaban entre sí, frecuentaban con regularidad el café *Momo*, donde les habían dado el sobrenombre de *los cuatro mosqueteros*, á causa de que les veían siempre juntos. En efecto, llegaban y se marchaban juntos, jugaban juntos, y algunas veces dejaban de pagar el gasto que hacían, como una unidad digna de la orquesta del Conservatorio.

Habían escogido para reunirse, una sala donde hubieran estado cómodamente cuarenta personas;

pero se les veía siempre solos, pues habían acabado por hacer inasequible el sitio á los habituales concurrentes.

El consumidor de páso que se aventuraba en aquel antro, era, desde que entraba, la víctima del feroz cuarteto, y la mayor parte de las veces, escapaba sin acabar de leer su gaceta y de tomar su taza, cuyo sabor amargaban los inauditos aforismos sobre el arte, el sentimiento y la economía política. Las conversaciones de los cuatro compañeros eran de tal naturaleza, que el mozo que les servía se había vuelto idiota á la flor de su edad.

No obstante, las cosas llegaron á tal punto de arbitrariedad, que el dueño del café acabó por perder la paciencia, y una noche subió á exponer gravemente sus quejas:

«1.º El señor Rodolfo iba por la mañana á desayunarse y se llevaba á su salón todos los periódicos del establecimiento; llegando su exigencia hasta incomodarse si encontraba las fajas rotas, lo que hacía que los demás concurrentes, privados de los órganos de la opinión, se quedaran hasta la hora de comer, ignorantes como carpas, en materias políticas. La sociedad Bosquet apenas si sabía los nombres de los miembros del último gabinete.

»El señor Rodolfo, había obligado además al café á suscribirse al *Castor*, del que era redactor en jefe. El dueño del establecimiento se había opuesto al principio; pero como el señor Rodolfo y compañía llamaban al mozo cada cuarto de hora, y le pedían á voz en grito: «¡El *Castor*! ¡tráenos *El Castor*!» algunos otros parroquianos, cuya curiosidad estaba excitada por aquellas furibundas

peticiones, pidieron también *El Castor*. Se tomó, pues, una suscripción á *El Castor*, especial para los sombreros, que aparecía cada mes, adornado con una viñeta y un artículo de filosofía ó *Variedades* por Gustavo Colline.

»2.º Dicho señor Colline y su amigo el señor Rodolfo se distraían de los trabajos de inteligencia jugando al chaquete desde las diez de la mañana á las doce de la noche; y como el establecimiento no poseía más que un tablero de chaquete, las demás personas quedaban lesionadas en su afición á aquel juego, gracias á acapararlo dichos señores, que cada vez que se les pedía, se limitaban á responder: «—El chaquete se está leyendo; vuelvan mañana.»

»La sociedad Bosquet se hallaba, pues, reducida á relatarse sus primeros amores ó á jugar á las cartas.

»3.º El señor Marcelo, olvidando que un café es un sitio público, se ha permitido trasladar á él su caballete, su caja de colores y todos los instrumentos de su arte; lleva, además, su inconveniencia hasta hacer venir modelos de ambos sexos.

»Lo cual puede ofender las costumbres de la sociedad Bosquet.

»4.º Siguiendo el ejemplo de su amigo, el señor Schaunard habla de traer su piano al café, y no tiene empacho de que se cante á coro un motivo sacado de su sinfonía: *Influencia del azul en las artes*. El señor Schaunard ha ido aún más lejos, pues ha deslizado en el farol que sirve de muestra al establecimiento, un transparente en el que se lee:

»CURSO GRATUITO DE MÚSICA VOCAL É INSTRUMENTAL, PARA USO DE AMBOS SEXOS

»Dirigirse al mostrador.

»Lo que hace que dicho mostrador se vea invadido por personas mal vestidas, que vienen á informarse por *dónde se pasa*.

»Además, el señor Schaunard da citas en él á una señora que se llama Eufemia Tintorera, y que se deja olvidadas sus ligas.

»En su consecuencia el señor Bosquet, hijo, ha declarado que no volvería á poner los pies en un establecimiento donde así se ultraja la naturaleza.

»5.º No contentos con hacer un consumo muy moderado, esos señores han tratado de moderarlo más aún. So pretexto de que han sorprendido en flagrante adulterio al moka del establecimiento con la achicoria, han traído una maquinilla de espíritu de vino, y se hacen ellos mismos el café, que endulzan con el azúcar adquirido fuera á bajo precio, lo que constituye un insulto hecho al laboratorio.

»6.º Corrompido por los discursos de esos señores, el mozo *Bergami* (llamado así con motivo de sus patillas), olvidando su humilde nacimiento y despreciando todo recato, se ha permitido dirigir á la señora del mostrador una composición en verso, en la que la excita á olvidar sus deberes de madre y de esposa; por el desorden de su estilo se ha podido reconocer que dicha carta ha sido escrita bajo la influencia perniciosa del señor Rodolfo y de su literatura.

»En su consecuencia, y á pesar del sentimiento que le produce, el director del establecimiento se

ve en la necesidad de rogar á la sociedad Colline que busque otro sitio para establecer sus conferencias revolucionarias.»

Gustavo Colline, que era el Cicerón de la banda, tomó la palabra, y, *á priori*, probó al dueño del café que sus lamentaciones eran ridículas y mal fundadas; que le hacían un gran honor escogiendo su establecimiento para hacer de él un hogar de la inteligencia; que su apartamento y el de sus amigos causarían la ruina de la casa, elevada, merced á su presencia, á la altura de café artístico y literario.

—El caso es—dijo el dueño del café—que ustedes y los que vienen á verles, consumen muy poco.

—Esta sobriedad de que se queja usted, es un argumento en favor de nuestras costumbres—replicó Colline.—Por lo demás, depende de usted el que hagamos un gasto más considerable; bastaría para ello tenernos cuenta abierta.

—Nosotros le proporcionaremos el libro de registro—dijo Marcelo.

El cafetero no se dió por entendido, y pidió algunas aclaraciones á propósito de la carta incendiaria que Bergami había dirigido á su señora. Rodolfo, acusado de haber servido de secretario á aquella pasión ilícita, protestó con vivacidad de su inocencia.

—Además—añadió—la virtud de su señora era una segura barrera que...

—¡Oh!—dijo el cafetero con una sonrisa de orgullo—mi señora ha sido educada en San Dionisio.

En una palabra, Colline acabó por envolverle completamente entre los repliegues de su elocuencia insidiosa, y todo se arregló con la promesa de

que los cuatro amigos no se harían el café por sí mismos, que el establecimiento recibiría en lo sucesivo el *Castor* gratis, que Eufemia Tintorera no volvería á olvidar sus ligas; que el chaquete quedaría á disposición de la sociedad Bosquet, todos los domingos de las doce á las dos de la tarde, y sobre todo, que no se abrirían nuevos créditos.

Todo siguió sin incidentes durante algunos días.

La víspera de Navidad, los cuatro amigos llegaron al café acompañados de sus mujeres.

Había la señorita Musette; la señorita Mimí, la nueva amante de Rodolfo, una encantadora criatura cuya sonora voz tenía el timbre de una campana, y Eufemia Tintorera, el ídolo de Schaunard. Aquella noche Eufemia Tintorera llevaba las ligas puestas. En cuanto á la señorita Colline, que nunca se dejaba ver, se había quedado como siempre en su casa, ocupada en poner comas á los manuscritos de su esposo. Después del café, que, como cosa extraordinaria, fué escoltado por un batallón de copitas, pidieron el ponche. Poco acostumbrado á tales esplendideces, el mozo se hizo repetir por dos veces la orden. Eufemia, que no había estado nunca en el café, se mostraba extasiada y sorprendida por beber en vasos con pie. Marcelo disputaba con Musette á propósito de su sombrero nuevo cuyo origen le parecía sospechoso. Mimí y Rodolfo, en plena luna de miel todavía, sostenían una tácita conversación alternada de extrañas sonoridades. En cuanto á Colline, iba de mujer á mujer desplegando con galanura todas las delicadezas de estilo aprendidas en la colección del *Almanaque de las Musas*.

Mientras la alegre compañía se entregaba de este modo á las chanzas y á las risas, un personaje

desconocido, sentado á una mesa solitaria en el fondo de la sala, observaba el animado espectáculo que se ofrecía ante sus ojos, que tenían un no sé qué de extraño.

Hacía cosa de quince días que se presentaba en la sala cada noche: era el único de los concurrentes que había podido resistir el tremendo alboroto que hacían los bohemios. Los más feroces epigramas le habían dejado impasible; permanecía toda la noche, fumando su pipa con una regularidad matemática, con la vista fija como si vigilara un tesoro, y el oído atento á cuanto decían á su alrededor. En suma, su aspecto era afable y acomodado, á juzgar por el reloj de bolsillo que llevaba sujeto con una cadena de oro. Y un día que Marcelo se había encontrado con él en el mostrador, le había sorprendido cambiando un luis para pagar el gasto. Desde entonces, los cuatro amigos le designaron con el apodo de *el capitalista*.

De pronto Schaunard, que tenía la vista excelente, hizo notar que las copas estaban vacías.

—¡Pardiez!—dijo Rodolfo—hoy es noche buena; todos somos buenos cristianos, así es que precisa hacer algún extraordinario.

—A fe mía, que tienes razón,—prorrumpió Marcelo;—pidamos cosas sobrenaturales.

—Colline,—añadió Rodolfo,—llama al mozo.

Colline agitó la campanilla con frenesí.

—¿Qué vamos á tomar?—dijo Marcelo.

Colline se inclinó profundamente como un arco, y dijo, mostrando á las señoras:

—A las damas corresponde establecer el orden y la marca de los vinos.

—Yo,—dijo Musette haciendo chasquear la lengua,—no le temería al *champagne*.

—¿Estás loca?—exclamó Marcelo.—El *champagne* empieza por no ser vino.

—Mejor, á mi me gusta porque estalla.

—Yo,—dijo Mimi lanzando á Rodolfo una dulce mirada,—prefiero vino de Beaune, en botellas de mimbre.

—¿Has perdido la cabeza?—exclamó Rodolfo.

—No, pero la quiero perder,—respondió Mimi, en quien el vino de Beaune ejercía una particular influencia.

Su amante quedó fulminado por aquella frase.

—Y yo,—dijo Eufemia Tintorera, haciendo rebotar su cuerpo á impulsos del elástico diván,—yo quisiera *Perfecto amor*, porque es bueno para el estómago.

Schaunard articuló con voz nasal algunas palabras que hicieron estremecer á Eufemia de los pies á la cabeza.

—¡Ea! ¡ea!—gritó Marcelo.—Gastemos por valor de cien mil francos, una vez en la vida.

—Y además,—añadió Rodolfo,—en el mostrador se quejan de que no consumimos bastante. Hay que dejarlos asombrados.

—Sí,—dijo Colline,—entreguémonos á un espléndido festín: por otra parte, debemos á estas damas la obediencia más absoluta, el amor vive de sumisión, el vino es el yugo del placer, el placer es el deber de la juventud, las mujeres son flores y hay que regarlas. ¡Reguémoslas! ¡Mozo! ¡Mozo!

Y Colline se colgó del cordón de la campanilla con agitación febril.

El mozo llegó con la rapidez del viento.

Cuando oyó que hablaban de *champagne*, y de



beaune, y de diversos licores, su fisonomía recorrió todas las gradaciones de la sorpresa.

—Siento el estómago vacío,—dijo Mimí,—de buena gana tomaría jamón.

—Y yo sardinas y manteca—añadió Musette.

—Y yo rábanos,—dijo á su vez Eufemia,—con un poco de carne alrededor.

—Decid, pues, de una vez que queréis cenar,—repuso Marcelo.

—Nos vendría muy bien,—replicaron las mujeres.

—¡Mozo! suba usted lo necesario para cenar,—dijo Colline gravemente.

El mozo se había puesto tricolor á fuerza de sorpresas.

Bajó lentamente al mostrador, y dió parte al dueño del café de las cosas extraordinarias que acababan de pedirle.

El cafetero creyó que se trataba de una broma, pero como sonara otra vez la campanilla, subió él mismo y se dirigió á Colline, á quien tenía en cierta estima. Colline le explicó que deseaban celebrar en su casa la solemnidad de la cena de noche buena, y que les sirviera lo que se le había pedido.

El cafetero no respondió, y se marchó andando hacia atrás haciendo nudos en la servilleta. Consultó el caso, durante un cuarto de hora, con su mujer, y, gracias á la educación liberal que había recibido en San Dionisio, la señora, que tenía una debilidad por las bellas artes y las bellas letras, comprometió á su esposo á que mandara servir la cena.

—Tienes razón,—dijo el cafetero,—puede ser

muy bien que tengan dinero, aunque sólo sea una vez por casualidad.

Y dió orden al mozo de subir todo lo que se le había pedido. Después se abismó en una partida de *piquet* con un antiguo parroquiano. ¡Fatal imprudencia!

Desde las diez á las doce de la noche el mozo no hizo más que subir y bajar las escaleras. A cada momento le pedían platos extraordinarios. Musette se hacía servir á la inglesa y cambiaba de cubierto á cada bocado; Mimi bebía toda clase de vinos de todas las copas; Schaunard tenía en el gznate un Sahara inalterable; Colline lanzaba ojeadas de fuego en todas direcciones, y mientras rompía con los dientes la servilleta, pisaba el pie de la mesa, tomándolo por el de Eufemia. En cuando á Marcelo y Rodolfo, no perdían los estribos de la serenidad, y veían, no sin inquietud, acercarse la hora del desenlace.

El personaje desconocido consideraba aquella escena con cierta grave curiosidad; sus labios se entreabrían de vez en cuando como para sonreír; luego se oía un sonido semejante al de una ventana de goznes enmohecidos al cerrarse. Era el desconocido que se reía por dentro.

A las doce menos cuarto, la señora del mostrador envió la cuenta. Esta alcanzaba alturas inconcebibles; 25 francos y 75 céntimos.

—Veamos — dijo Marcelo, — echemos suertes para ver quién irá á parlamentar con el cafetero. Esto va á ser muy serio.

Tomaron un juego de dominó y se jugó á la ficha más alta.

La suerte, desgraciadamente, designó á Schaunard como á plenipotenciario. Schaunard era un

excelente pianista, pero un mal diplomático. Llegó al mostrador precisamente cuando el cafetero acababa de perder la partida con su antiguo parroquiano. Humillado por la vergüenza de tres capotes, Momo estaba de un humor terrible, y á las primeras negociaciones de Schaunard, fué presa de violento furor. Schaunard era buen músico, pero tenía un carácter deplorable, así es que respondió con algunas insolencias á doble presión. La disputa se envenenó, y el cafetero subió á participar á la compañía que si no se le pagaba, no saldrían de allí. Colline trató de intervenir con su elocuencia persuasiva, pero al notar la servilleta que Colline había convertido en hilachas, el cafetero redobló su cólera, y para resarcirse, se atrevió hasta á poner su profana mano en el gabán avellana del filósofo y en los abrigos de pieles de las damas.

Entre los bohemios y el dueño del establecimiento se entabló un fuego graneado de injurias.

Las tres mujeres echaban por sus bocas sapos y culebras.

El personaje desconocido salió de su impasibilidad; se levantó poco á poco, dió un paso, luego dos, adelantando con naturalidad; se acercó al cafetero, le llevó aparte y le habló en voz baja. Rodolfo y Marcelo le seguían con la mirada. El cafetero se marchó, por fin, diciendo al desconocido:

—Vaya si lo consiento, señor Barbemuche; arréglese usted con ellos.

El señor Barbemuche volvió hasta su mesa para tomar el sombrero, se lo puso en la cabeza, hizo una conversión á la derecha, y en tres pasos llegó

al lado de Rodolfo y de Marcelo, se quitó el sombrero, se inclinó ante los hombres, saludó á las damas, se sacó su pañuelo, se sonó, y tomó la palabra con acento tímido:

—Perdónenme ustedes, señores, por la indiscreción que voy á cometer,—dijo.—Hace mucho tiempo que ardo en deseos de trabar conocimiento con ustedes, pero hasta ahora no había encontrado ocasión favorable para ponerme en relación directa. ¿Me autorizan á aprovecharme de ésta que se me ofrece?

—Sin duda alguna,—dijo Colline que comprendió á dónde iba á parar el desconocido.

Rodolfo y Marcelo saludaron sin pronunciar palabra.

La delicadeza excesiva de Schaunard, estuvo á punto de dar el traste con todo.

—Oiga usted, caballero,—dijo con viveza,—usted no tiene aún el honor de conocernos y las conveniencias se oponen á que... ¿Me haría usted el favor de darme una pipa de tabaco? Por lo demás, soy de la opinión de mis amigos

—Señores,—prosiguió Barbemuche,—soy como ustedes, un discípulo de las bellas artes. Según lo que he podido comprender oyéndoles hablar, nuestros gustos son los mismos, y tengo el ferviente deseo de ser uno de sus amigos y de reunirme aquí con ustedes cada noche... El propietario de este establecimiento es un bruto, pero yo le he dicho dos palabritas, y ustedes son libres de retirarse... Me atrevo á esperar que no me negarán los medios de reunirme aquí con ustedes, aceptando el ligero servicio que...

El rostro de Schaunard se coloreó con el rubor de la indignación.

—El señor especula con nuestra situación,—dijo,—y no debemos aceptar. Ha pagado nuestra cuenta; pero yo voy á jugar con él los veinticinco francos al billar, y todavía le daré algunos tantos.

Barbemuche aceptó la proposición y tuvo el talento de perder; pero este hermoso rasgo le granjeó la estimación de la Bohemia.

Se separaron dándose cita para el día siguiente.

—Así,—decía Schaunard á Marcelo,—no le debemos nada; nuestra dignidad está á cubierto.

—Y casi podríamos exigirle otra cena,—añadió Colline.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ROSTES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO